

APRENDIENDO A PENSAR CON LAS MANOS

En honor de Antonio Jiménez Torrecillas

PUBLICADO EN

Revista Engawa 20, Barcelona, noviembre 2016

APRENDIENDO A PENSAR CON LAS MANOS

En honor de Antonio Jiménez Torrecillas

AURIS BONA AUDIET CUM OMNI CONCUPISCENTIA SAPIENTIA

Un oído atento es el anhelo del sabio.

ARQUITECTURA Y DOCENCIA, APRENDIENDO A PENSAR CON LAS MANOS

En honor de Antonio Jiménez Torrecillas.

Cuando en el Libro del Eclesiástico III 31 se utiliza esa preciosa expresión de que “un oído atento es el anhelo del sabio”, no se hace más que describir un hecho pedagógico que se da en las aulas en la relación del profesor con los alumnos. El anhelo de todo profesor, sabio, es que aquellos a quienes quiere transmitir sus conocimientos estén atentos. Pues esto lo conseguía siempre en sus clases de Proyectos, y siempre, Antonio Jiménez Torrecillas.

¿Cómo podríamos hablar de Antonio Jiménez Torrecillas sin hablar de la Arquitectura y la Docencia como indisolublemente unidas?

Antonio Jiménez Torrecillas era un docente nato. Catedrático de Proyectos in pectore, así se lo dije yo más de una vez. Recuerdo todavía los comentarios tan sabrosos que me hizo cuando le regalé, hace ya tanto tiempo, mi primer libro de textos, La Idea Construida.

Muchos de los escritos que se recogen en ese libro, La Idea Construida, como en algunos de los que he publicado en estos últimos años, podrían ser entendidos como libros de Arquitectura y Docencia, escritos con intención docente para intentar aclarar a mis alumnos cuestiones de Arquitectura. Y siempre me ha sucedido, y sigue sucediéndome, que aprendo más que enseño. Pues eso es en verdad lo que hacemos los que oficialmente enseñamos: aprender más que enseñar.

Cuando me piden que escriba sobre el cómo hacer Arquitectura, sobre Arquitectura y docencia, pienso que no tengo más que poner en práctica algo de aquello que su padre recomendaba a George Steiner, el gran filósofo, y que él recoge puntualmente en su Errata. El examen de una vida y que no me resisto a transcribir aquí:

Todavía me asombra la cariñosa astucia de sus estrategias. Nunca se me permitía leer un nuevo libro hasta que no hubiese escrito y sometido a la valoración de mi padre un informe detallado del libro que acababa de leer. Si no había comprendido determinado pasaje, después de que mi padre hiciese su propia interpretación y aportase sus sugerencias, tenía que leérselo en voz alta. En ocasiones, la voz puede aclarar un texto. Si seguía sin entenderlo, me obligaba a copiar el pasaje en cuestión. Y con ello, aquel filón acababa normalmente por entregarse.

Algo muy parecido a lo que mi padre, estupendo cirujano que hoy a sus 98 mantiene la cabeza clarísima, me inculcaba con machacona insistencia: “fíjate, pon toda la atención en lo que haces”. Que es lo que se dice con palabras bellísimas en el Libro del

Eclesiástico III, 31 que he citado al comienzo de este escrito: “Auris bona audiet cum omni concupicentia sapientia”. Un oído atento es la alegría del sabio. Tan sencillo, tan claro, tan eficaz.

La mejor manera de enseñar, la mejor estrategia de formación es, mejor que “dar pescado”, “enseñar a pescar”, como aconsejaba un viejo precepto chino que suscribo.

Algo así es lo que yo intento con mis alumnos: hacerles pensar, hacerles trabajar para construir esos pensamientos. Para lo que es necesario haber pensado uno mismo antes mucho más. Y proponer ejercicios que establezcan estratégicamente con acierto el campo de trabajo.

Y todas estas palabras no son más que un truco para proponerles un cambio: en vez de más palabras, voy a mostrar dos pequeñas series de dibujos que son claras estrategias de formación de Arquitectura. Son dibujos preparatorios para unas clases sobre la casa. La primera serie de marzo de 2004 para mis alumnos de la ETSAM de Madrid. Incluso en los márgenes se pueden leer algunos de sus nombres. La otra, más reciente, es de septiembre de 2006 y son para un curso reducido que impartí en Kansas State University en USA este pasado año. Una Escuela de Arquitectura pequeña en tamaño pero muy grande en calidad.

En ambas series de dibujos trato de sintetizar una posible estrategia espacial de acercamiento, muy genéricos todavía, sin formas, a la casa en su relación con la topografía, con el paisaje, con el sol, con la luz, con la función, con los más básicos elementos con los que componemos la Arquitectura.

Creo que estos dibujos hablan por sí solos de Arquitectura y Docencia. Es más, son en sí mismos pedagógicamente muy adecuados para aprender, de lo que aprendo con mis alumnos.

Querrían pertenecer estos dibujos, y todos los que siempre hago, a aquel género que Ortega denominaba de los “objetos artísticos”, capaces de resistir al tiempo, que “no se desgastan”. De la misma manera que lo deberían intentar las obras a las que esos dibujos dan lugar. De la misma manera que lo deberían intentar todas las obras que hacemos.

SOÑAR

Aunque quizás el mejor consejo pedagógico es el que, también por escrito, he recomendado a veces con una cierta ironía: tomarse una buena copa y... soñar. ¿Se puede enseñar a soñar?

Tuve la inmensa suerte de tener como primer profesor de Proyectos en la Escuela de Madrid a Alejandro de la Sota. Él sí que desplegaba una extraordinaria pedagogía, una capacidad infinita de seducción con la que nos inoculó a sus alumnos el virus de la Arquitectura imposible de curar: el soñar. El ser capaces de “ver el mundo en un grano

de arena” del que nos habla William Blake en su conocido poema. Lo que siempre supo hacer e hizo Antonio Jiménez Torrecillas.

Alberto Campo Baeza